

Estado de la publicación: El preprint no ha sido enviado para publicación

La conciencia singularizada: hacia un modelo teórico de la construcción acumulativa del sujeto. Implicaciones para el análisis de la subjetividad política e identidad colectiva

Isis Maisoneth Correa Muñoz

<https://doi.org/10.1590/SciELOPreprints.16463>

Enviado en: 2026-06-09

Postado en: 2026-08-10 (versión 1)

(AAAA-MM-DD)

La conciencia singularizada: hacia un modelo teórico de la construcción acumulativa del sujeto

Implicaciones para el análisis de la subjetividad política e identidad colectiva

Isis Maisoneth Correa

Universidad Autónoma de Chiriquí, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, Escuela de Ciencias Políticas, Panamá

isis.correa@unachi.edu.pa

<https://orcid.org/0009-0005-0095-6832>

Fecha de finalización: 9 de junio de 2026

Resumen

El presente artículo desarrolla una propuesta teórica original denominada "conciencia singularizada", orientada a comprender cómo una base biológica y una experiencia común a todos los seres humanos dan lugar a formas únicas e irrepetibles de identidad consciente. A diferencia de enfoques que explican la conciencia desde mecanismos neuronales aislados, este modelo plantea que la identidad emerge de la interacción dinámica y recursiva entre entorno, memoria, interpretación y autoobservación, configurando trayectorias subjetivas irreversibles que definen al sujeto en su singularidad. Se examinan fenómenos tales como la narrativa personal, la ilusión de permanencia y la metacognición en tanto expresiones del proceso de singularización, junto con las dimensiones de activación, interacción, diferenciación e integración como niveles constitutivos de la conciencia. El estudio adopta un enfoque teórico-analítico e interdisciplinario, integrando neurociencia, filosofía de la mente y fenomenología, sin pretender conclusiones definitivas, sino ofrecer un marco interpretativo abierto y susceptible de contrastación empírica futura. Entendida así la conciencia como proceso de construcción singular e irreversible, este marco adquiere una dimensión analítica directamente aplicable a las ciencias políticas, en tanto permite comprender por qué individuos socializados en los mismos contextos institucionales y discursivos desarrollan posiciones ideológicas, identidades colectivas y disposiciones hacia la acción política radicalmente distintas.

Palabras clave: conciencia, singularización, autoobservación, metacognición, identidad política.

A consciência singularizada: em direção a um modelo teórico da construção acumulativa do sujeito

Implicações para a análise da subjetividade política e identidade coletiva

Resumo

O presente artigo desenvolve uma proposta teórica original denominada "consciência singularizada", orientada a compreender como uma base biológica e uma experiência comum a todos os seres humanos dão origem a formas únicas e irrepetíveis de identidade consciente. Ao contrário de abordagens que explicam a consciência a partir de mecanismos neuronais isolados, este modelo propõe que a identidade emerge da interação dinâmica e recursiva entre ambiente, memória, interpretação e auto-observação, configurando trajetórias subjetivas irreversíveis que definem o sujeito em sua singularidade. São examinados fenômenos tais como a narrativa pessoal, a ilusão de permanência e a metaconsciência enquanto expressões do processo de singularização, junto às dimensões de ativação, interação, diferenciação e integração como níveis constitutivos da consciência. O estudo adota uma abordagem teórico-analítica e interdisciplinar, integrando neurociência, filosofia da mente e fenomenologia, sem pretender conclusões definitivas, mas sim oferecer um marco interpretativo aberto e passível de contrastação empírica futura. Entendida assim a consciência como processo de construção singular e irreversível, este marco adquire uma dimensão analítica directamente aplicável às ciências políticas, na medida em que permite compreender por que indivíduos socializados nos mesmos contextos institucionais e discursivos desenvolvem posições ideológicas, identidades coletivas e disposições para a ação política radicalmente distintas.

Palavras-chave: consciência, singularização, auto-observação, metacognição, identidade política.

Singularized Consciousness: Toward a Theoretical Model of the Cumulative Construction of the Subject

Implications for the Analysis of Political Subjectivity and Collective Identity

Abstract

This article presents an original theoretical proposal called "singularized consciousness", aimed at understanding how a shared biological base and common human experience

give rise to unique and irreplicable forms of conscious identity. Unlike approaches that explain consciousness through isolated neuronal mechanisms, this model proposes that identity emerges from the dynamic and recursive interaction between environment, memory, interpretation, and self-observation, shaping irreversible subjective trajectories that define the subject in their singularity. Phenomena such as personal narrative, the illusion of permanence, and metaconsciousness are examined as expressions of the singularization process, alongside the dimensions of activation, interaction, differentiation, and integration as constitutive levels of consciousness. The study adopts an interdisciplinary theoretical-analytical approach integrating neuroscience, philosophy of mind, and phenomenology, without seeking definitive conclusions but rather offering an open interpretative framework susceptible to future empirical testing. Understood in this way, consciousness as a singular and irreversible construction process, this framework acquires an analytical dimension directly applicable to political science, insofar as it allows understanding why individuals socialized within the same institutional and discursive contexts develop radically different ideological positions, collective identities, and dispositions toward political action.

Keywords: consciousness, singularization, self-observation, metacognition, political identity.

Introducción

El estudio de la conciencia representa uno de los problemas centrales en la filosofía de la mente y las ciencias cognitivas. Su complejidad radica en que, hasta la fecha, ningún enfoque —desde el dualismo clásico hasta las propuestas emergentistas e informacionales contemporáneas— ha logrado ofrecer una explicación definitiva (Chalmers, 1996).

La neurociencia moderna ha avanzado en la identificación de correlatos neuronales de la conciencia, pero no logra dar cuenta de la experiencia subjetiva o cualitativa, problema denominado el problema difícil de la conciencia (Chalmers, 1996; Nagel, 1974).

Los modelos neurocientíficos más influyentes, como la teoría del espacio global de trabajo (Baars, 1988; Dehaene, 2014) y la teoría de la información integrada (Tononi, 2004), proporcionan explicaciones funcionales robustas. Sin embargo, no abordan

completamente cómo la experiencia consciente se transforma en una identidad única e irrepetible para cada individuo.

Esta brecha entre la explicación neurocientífica y la vivencia fenomenológica ha motivado la búsqueda de marcos teóricos que integren ambas dimensiones, posicionando al sujeto, en su singularidad, como eje central del análisis.

En este contexto, el presente artículo propone la **conciencia singularizada** como un marco teórico que concibe la conciencia no solo como un fenómeno cerebral, sino también como un proceso continuo e irreversible de construcción del sujeto. Este proceso se formaliza en el modelo $C = f(E, M, I, A)$, donde la conciencia emerge de la interacción dinámica entre entorno, memoria, interpretación y autoobservación.

Esta perspectiva es particularmente relevante para las ciencias políticas, ya que permite comprender cómo la singularización de la conciencia explica por qué individuos socializados en entornos similares desarrollan posiciones ideológicas y disposiciones hacia la acción política radicalmente distintas. La singularidad de cada trayectoria consciente no es un factor secundario en el análisis político; por el contrario, es fundamental para entender la diversidad de subjetividades que coexisten en cualquier sistema político, comunidad o movimiento social.

La pregunta central de este estudio es: ¿cómo puede comprenderse la conciencia como un proceso dinámico e irreversible de construcción del sujeto, y qué implicaciones tiene esto para el análisis de la subjetividad política en contextos sociales compartidos?

Material y Método

Este estudio se enmarca en una investigación de carácter documental y teórico-interpretativo, con un enfoque analítico dirigido a la comprensión conceptual de la conciencia como fenómeno dinámico. Dada su naturaleza teórica, no se empleó la recolección de datos empíricos; en su lugar, se realizó una revisión, articulación e interpretación de literatura especializada en filosofía de la mente, ciencias cognitivas y ciencias políticas.

Se utilizó el método analítico-sintético para integrar enfoques de la neurociencia, la psicología cognitiva, la filosofía de la mente y las ciencias políticas. Se contrastaron modelos como la teoría del espacio global de trabajo (Baars, 1988; Dehaene, 2014) y la

teoría de la información integrada (Tononi, 2004) con tradiciones fenomenológicas que consideran la experiencia vivida como un punto de partida irreducible (Husserl, 1913/2014; Merleau-Ponty, 1945/2012).

Desde una perspectiva interpretativa, se analizan fenómenos asociados a la identidad —como la narrativa personal, la continuidad del 'yo' y la autoobservación—, abordados como manifestaciones emergentes de la experiencia consciente con implicaciones directas para el análisis de la subjetividad política y la formación de identidades colectivas.

A partir de esta articulación teórica se desarrolló un modelo explicativo propio, denominado conciencia singularizada (véase Figura 1).

Durante la elaboración de este artículo, se emplearon herramientas de inteligencia artificial generativa como apoyo lingüístico y para la búsqueda bibliográfica. No obstante, la conceptualización teórica y el desarrollo argumentativo corresponden íntegramente a la autora.

Resultados

Conciencia como fenómeno emergente

En la literatura contemporánea, la conciencia ha sido ampliamente conceptualizada como un fenómeno emergente que no puede reducirse a una única estructura cerebral. Más bien, surge de la interacción compleja entre múltiples sistemas neuronales y cognitivos. La experiencia consciente no se localiza en un punto específico del sistema nervioso, sino que es el resultado de la integración funcional de información distribuida en distintos niveles de organización.

Los modelos neurocientíficos contemporáneos refuerzan esta perspectiva. La teoría de la información integrada sostiene que la conciencia depende del grado de cohesión e integración informacional en un sistema complejo. Por su parte, la teoría del espacio global de trabajo, formulada por Baars (1988) y desarrollada por Dehaene (2014), propone que la conciencia emerge cuando la información se distribuye y es accesible simultáneamente a múltiples sistemas cognitivos. Dentro de este marco, la conciencia no se concibe como una entidad estática, sino como un proceso continuo de organización e integración funcional.

Complementando estos modelos, Gerald Edelman y Giulio Tononi sugieren que la conciencia puede interpretarse como el resultado de procesos de selección y reorganización neuronal. En estos procesos, la experiencia consciente emerge de la interacción constante entre estructuras biológicas, actividad cognitiva y experiencia vivida (Edelman, 1989; Edelman & Tononi, 2000). En conjunto, estos enfoques convergen en la idea de que la conciencia es una propiedad emergente derivada de sistemas biológicos altamente integrados y en permanente reorganización.

Precisamente, este carácter dinámico y emergente permite comprender cómo, a partir de una base neurobiológica compartida, cada individuo desarrolla una forma singular e irrepetible de experiencia consciente. Una vez iniciado, este proceso adquiere un carácter irreversible: la trayectoria acumulada de experiencias, interpretaciones y autoobservaciones no puede deshacerse, sino únicamente resignificarse, configurando al sujeto de manera progresiva y permanente. Este principio es el punto de partida del concepto de conciencia singularizada, que se desarrollará en las secciones siguientes, y sienta las bases para entender cómo el sujeto político emerge como resultado de una historia consciente única e intransferible.

Base común y proceso de singularización

Desde una perspectiva biológica, los seres humanos comparten una base neurofisiológica común que posibilita la existencia de la conciencia. Esta se describe como un fenómeno emergente derivado de la actividad integrada de redes neuronales distribuidas (Edelman, 1989; Edelman & Tononi, 2000; Dehaene, 2014). La conciencia no se localiza en una estructura cerebral específica, sino que emerge de la interacción funcional de sistemas neuronales interconectados.

Sin embargo, esta base no determina de manera absoluta la identidad del sujeto, sino que conforma el sustrato a partir del cual se desarrollan formas diferenciadas de experiencia consciente. Las perspectivas contemporáneas que rechazan explicaciones estrictamente reduccionistas argumentan que los estados mentales no pueden explicarse exclusivamente a partir de la actividad neurobiológica (Searle, 1992; Chalmers, 1996). Esto abre la posibilidad de comprender la identidad como un proceso emergente que trasciende su base biológica. En este sentido, la conciencia puede entenderse como un fenómeno de doble dependencia: requiere una estructura

neurobiológica que la posibilita, pero también un principio o campo fundamental que permite la experiencia subjetiva, el cual el cerebro modula progresivamente a través de la memoria, el aprendizaje y la interacción con el entorno.

Este sustrato compartido puede concebirse como una condición de posibilidad para la experiencia consciente, un estado inicial indiferenciado a partir del cual se inicia el proceso de singularización. Dicho proceso no es pasivo ni automático, sino que se constituye activamente mediante la acumulación de experiencias, la formación de vínculos relacionales, la construcción de memoria autobiográfica y el desarrollo progresivo de la autoobservación. Es precisamente esta trayectoria singular e irrepetible la que explica por qué individuos que comparten el mismo entorno físico, la misma familia o la misma cultura desarrollan formas radicalmente distintas de experiencia consciente e identidad.

El concepto de conciencia singularizada se propone, entonces, como un marco explicativo que permite comprender cómo una misma base biológica puede dar lugar a expresiones subjetivas únicas. Concibe la identidad consciente no como un producto fijo del cerebro, sino como una construcción en permanente reorganización, resultado de la interacción continua entre experiencia, memoria e interpretación (Dennett, 1991; Ricoeur, 1992; Rey, 1997; Clark, 2016; Seth, 2021). De esta manera, la conciencia singularizada se entiende como un proceso de diferenciación identitaria dentro de una base biológica compartida, cuya singularidad reside no en el origen, sino en la trayectoria irrepetible de cada conciencia.

El entorno como factor estructurante

El entorno constituye un elemento fundamental en la constitución de la conciencia, pues actúa como una fuente constante de información que modula los procesos de interpretación y construcción de significado. Factores como el lenguaje, la cultura, la interacción social y las experiencias individuales influyen directamente en la manera en que el sujeto organiza su experiencia consciente, en concordancia con enfoques que destacan el carácter situado y encarnado de la cognición (Varela et al., 1991). La conciencia no puede comprenderse de manera aislada, sino como un fenómeno relacional que se construye en interacción continua con el entorno. Este planteamiento se alinea con teorías contemporáneas de la cognición predictiva, que sostienen que la

percepción no constituye una representación pasiva del mundo, sino un proceso activo de inferencia basado en modelos internos del cerebro (Hohwy, 2013; Clark, 2016). En esta misma línea, Friston (2010) propone el principio de energía libre como mecanismo mediante el cual los sistemas biológicos minimizan la incertidumbre sobre el entorno a través de predicciones continuas, lo que implica que el organismo no solo responde al mundo sino que lo modela activamente desde su interior. En esta línea, Seth (2021) añade que la experiencia consciente está profundamente influenciada por procesos predictivos e interpretativos del cerebro, mediante los cuales la percepción se construye a partir de inferencias internas sobre el entorno, pudiendo entenderse la conciencia como una hipótesis controlada que el organismo formula sobre su propia existencia en relación con el ambiente.

De este modo, el entorno no solo actúa como un contexto externo, sino como un elemento estructurante que participa activamente en la constitución de la identidad consciente, en la medida en que organismo y ambiente se codeterminan de manera continua dentro de un sistema de acoplamiento estructural (Clark, 2016).

No obstante, el proceso de singularización no se limita a la influencia del entorno. Los estados internos del sujeto —emociones, creencias, diálogo interno y percepción corporal— funcionan igualmente como factores estructurantes de la experiencia consciente. La conciencia singularizada emerge así de la interacción simultánea entre el mundo exterior y el paisaje interior del sujeto, configurando una experiencia subjetiva que resulta tanto de las condiciones contextuales como de los procesos internos de interpretación y valoración (Merleau-Ponty, 1945/2012; Damasio, 2010).

Desde una perspectiva política, esto implica que el entorno institucional, el discurso público, las experiencias de participación o exclusión y la memoria colectiva actúan como factores estructurantes de la conciencia del sujeto político. En términos de Bourdieu (1990), el *habitus* constituye precisamente ese conjunto de disposiciones duraderas incorporadas por el sujeto a través de su trayectoria social, que orienta su percepción, valoración y acción de manera no siempre consciente. Este planteamiento se relaciona también con el concepto de interpelación desarrollado por Althusser (2016), según el cual los aparatos ideológicos del Estado constituyen al sujeto al llamarlo a reconocerse en una posición social determinada. Sin embargo, mientras el modelo

althusseriano tiende a concebir al sujeto como efecto de la ideología, la conciencia singularizada reconoce en la autoobservación y la metac conciencia una capacidad de distancia crítica que permite al sujeto reconocer y, eventualmente, resistir los mecanismos de su propia constitución ideológica. La conciencia singularizada dialoga con estos conceptos al admitir que parte de la estructuración de la identidad consciente ocurre por vías que el propio sujeto no observa directamente, aunque —a diferencia del *habitus*— enfatiza la capacidad del sujeto de transformar esas disposiciones mediante la autoobservación deliberada.

Modelo teórico de la conciencia singularizada

Figura 1

Modelo teórico de la conciencia singularizada.

$$C = f(E, M, I, A)$$

El modelo se compone de los siguientes elementos:

- 1 C: conciencia
- 2 E: entorno
- 3 M: memoria
- 4 I: interpretación
- 5 A: autoobservación

Este modelo propone que la conciencia emerge de la interacción recíproca de sus elementos, los cuales se articulan en un sistema continuo de retroalimentación.

Esta interacción no es lineal ni jerárquica, sino que se produce a través de un sistema de retroalimentación continua en el que cada componente modifica y es modificado por los demás de forma simultánea. Por ejemplo, un cambio significativo en la memoria reorganiza la interpretación; una nueva forma de autoobservación transforma la relación con el entorno; y una experiencia intensa reconfigura la identidad consciente en su totalidad. En este sentido, la conciencia singularizada no es un estado final, sino un proceso en constante movimiento. Además, se postula que el estado interno del sujeto —especialmente el grado de coherencia entre sus creencias, emociones y autoobservación— actúa como un factor modulador del proceso de singularización, determinando la calidad y profundidad de la experiencia consciente en cada momento.

Nota. Elaboración propia.

Propuesta teórica: conciencia singularizada

La **conciencia singularizada** se define como el proceso dinámico e irreversible mediante el cual una base biológica y experiencial común da lugar a una configuración única e irrepetible de identidad consciente. Esta se constituye progresivamente a través de la interacción recursiva entre entorno, memoria, interpretación y autoobservación (Edelman & Tononi, 2000).

Esta configuración, aunque permanentemente abierta a la transformación, adquiere un peso acumulativo que orienta la percepción, la interpretación y la acción del sujeto. La historia singular de cada conciencia no desaparece, sino que se integra como sustrato activo de toda experiencia futura. Desde esta perspectiva, la identidad no es un atributo fijo ni predeterminado por la estructura biológica, sino el resultado de una constante reorganización de los contenidos mentales en interacción con múltiples procesos internos y contextuales. Esto se alinea con perspectivas que rechazan modelos reduccionistas del *self* y proponen una identidad construida y relacional (Dennett, 1991; Metzinger, 2009). La singularidad de la experiencia consciente surge, por tanto, de la manera en que cada sujeto procesa, integra y resignifica sus experiencias a lo largo del tiempo.

Este proceso se sustenta en la interacción de cuatro componentes fundamentales: entorno, memoria, interpretación y autoobservación. El entorno aporta las condiciones contextuales, culturales y sociales que influyen en la experiencia consciente, en concordancia con teorías de la cognición situada y encarnada (Varela et al., 1991). La memoria permite la conservación y reconstrucción de la experiencia vivida, no como una reproducción exacta, sino como un proceso de reorganización adaptativa (Conway, 2005). La interpretación actúa como mecanismo de asignación de significado a las experiencias, mientras que la autoobservación incorpora la capacidad reflexiva de la conciencia sobre sí misma.

La interacción entre estos elementos no es lineal, sino que se da mediante un sistema recursivo en el que cada componente influye y es influido por los demás de forma simultánea. Como resultado, surgen formas diferenciadas de experiencia subjetiva que no solo orientan la percepción del mundo, sino también la construcción del sí mismo,

en línea con modelos contemporáneos que conciben la mente como un sistema predictivo y autoorganizado (Hohwy, 2013; Clark, 2016).

Cabe señalar que la singularización no implica aislamiento. La conciencia individualizada mantiene una conexión estructural con la base común de la que emerge, lo cual se manifiesta en fenómenos como la empatía, la experiencia mística, los estados alterados de conciencia y diversas prácticas orientadas a la transformación del yo. El análisis de estos fenómenos constituye una línea de investigación futura derivada del presente modelo, con especial relevancia para el estudio de la identidad colectiva, la cohesión social y la acción política.

En el ámbito de las ciencias políticas, la conciencia singularizada permite repensar la categoría del sujeto político. Este no se concibe como una entidad homogénea definida únicamente por su posición estructural en el sistema social, sino como un actor cuya identidad, disposiciones y formas de acción emergen de una trayectoria consciente única e irreversible. Comprender esta singularidad no implica negar la influencia de las estructuras políticas, económicas y culturales, sino reconocer que dichas estructuras son siempre procesadas, interpretadas y resignificadas desde una conciencia particular. En consecuencia, el análisis político que ignore la dimensión subjetiva e irreversible de la conciencia corre el riesgo de tratar al sujeto como un mero producto de sus condiciones, perdiendo de vista la capacidad transformadora que reside precisamente en la singularidad de cada conciencia.

Formación de la conciencia

La formación de la conciencia puede comprenderse como un proceso organizado en distintos niveles de desarrollo, donde la experiencia consciente emerge de la interacción entre sistemas biológicos, cognitivos y contextuales. Esto concuerda con modelos neurocognitivos que describen la conciencia como un fenómeno de integración distribuida de información (Edelman & Tononi, 2000; Dehaene, 2014). Esta perspectiva es coherente con los modelos del desarrollo cognitivo que explican la construcción progresiva de la realidad consciente mediante la interacción activa entre el organismo y su entorno (Piaget, 1954), subrayando que la conciencia no surge de manera súbita, sino como resultado de un proceso acumulativo de organización y reorganización de la experiencia. Desde esta perspectiva, el proceso de singularización

de la conciencia puede articularse en cuatro dimensiones fundamentales que operan de manera interdependiente.

La **activación** corresponde a la puesta en funcionamiento de los sistemas neurocognitivos básicos que permiten la recepción y el procesamiento inicial de estímulos internos y externos. En esta dimensión se establecen las condiciones mínimas necesarias para la experiencia consciente, en concordancia con los modelos de procesamiento global que describen la activación coordinada de redes neuronales como fundamento de la conciencia (Dehaene, 2014). Desde una perspectiva complementaria, Lamme (2006) distingue entre el procesamiento *feedforward*, que opera de manera rápida y automática, y el procesamiento recurrente, que implica retroalimentación entre áreas corticales y constituye una condición necesaria para la experiencia consciente propiamente dicha.

La **interacción** implica la relación continua entre redes cognitivas, sensoriales y mnésicas. En este nivel, la información comienza a integrarse mediante asociaciones entre estímulos, experiencias previas y contextos situacionales, en línea con los enfoques de la cognición encarnada que destacan la relación constante entre organismo, cuerpo y entorno (Varela et al., 1991; Clark, 2016). La conciencia deja así de ser entendida como un proceso exclusivamente interno para configurarse también como una experiencia situada y dinámica.

La **diferenciación** corresponde al proceso mediante el cual la información integrada se organiza en estructuras cada vez más específicas y complejas. En esta dimensión, la conciencia adquiere capacidad de distinción, reconocimiento e interpretación de contenidos conscientes, aspecto que puede relacionarse con las teorías de integración diferenciada de la información, que sostienen que la organización consciente emerge de la articulación selectiva de múltiples contenidos mentales (Tononi, 2004; Metzinger, 2009).

La **integración** constituye la dimensión en la que se consolida la conciencia singularizada como una configuración única de experiencia subjetiva. En este nivel, los procesos anteriores convergen en una estructura dinámica y continuamente reorganizada que mantiene cierto grado de coherencia identitaria, tal como sugieren los modelos contemporáneos que conciben la conciencia como un sistema emergente de

integración global de información (Dehaene, 2014; Seth, 2021). No obstante, dicha coherencia no implica permanencia absoluta, sino una estabilidad relativa constantemente modificada por nuevas experiencias, interpretaciones y procesos de autoobservación.

Es importante destacar que estas cuatro dimensiones no deben entenderse como etapas lineales o definitivas, sino como niveles dinámicos del proceso consciente que se reactivan y reorganizan continuamente a lo largo de la vida del sujeto. Cada experiencia significativa puede reconfigurar la identidad consciente y movilizar nuevamente estas dimensiones, produciendo nuevas formas de interpretación y reorganización subjetiva.

Además, el proceso de formación de la conciencia singularizada no ocurre en aislamiento, sino en relación con otros sujetos. Las relaciones interpersonales actúan como espacios de contraste, validación y transformación de la experiencia consciente, pues es en el encuentro con el otro donde el sujeto reafirma, cuestiona y reconstruye su propia configuración identitaria (Merleau-Ponty, 1945/2012; Ricoeur, 1992). En este sentido, la singularización no es únicamente un proceso interno, sino también un fenómeno profundamente relacional e intersubjetivo.

Este carácter relacional encuentra sustento en los planteamientos de Vygotsky (1978), quien sostiene que los procesos psicológicos superiores emergen inicialmente en el plano social antes de internalizar como procesos individuales. Desde esta perspectiva, la conciencia puede comprenderse como una construcción dinámica que se configura simultáneamente entre la experiencia subjetiva, la interacción social y los mecanismos de interpretación del entorno.

El “yo” como proceso

Diversos enfoques contemporáneos han cuestionado la idea de un yo unitario y permanente. Dennett (1991) propone que la identidad puede entenderse como una construcción narrativa del cerebro, donde el yo no representa un centro fijo de control, sino una ilusión funcional generada por la integración de múltiples procesos cognitivos. Este planteamiento es coherente con perspectivas que conciben la conciencia no como una entidad estática, sino como un sistema abierto de reconstrucción continua. Un antecedente fundamental se encuentra en James (1890/2018), quien concibió la

conciencia no como una entidad fija, sino como un flujo continuo de experiencia, cuya naturaleza procesual y cambiante constituye una de las primeras formulaciones sistemáticas del yo como fenómeno dinámico.

A diferencia de estas perspectivas, el marco de la conciencia singularizada propone que el yo es real en su proceso: su realidad no reside en la permanencia, sino en su capacidad de organizar la experiencia y orientar la acción.

Desde este marco, el yo se interpreta como un patrón relacional de identidad que adquiere estabilidad temporal, pero que permanece abierto a procesos continuos de transformación en función de los cambios en el entorno, la memoria y la interpretación. En este sentido, la identidad consciente no es una realidad fija e inmutable, sino una construcción progresiva que se redefine constantemente a partir de la experiencia, en línea con perspectivas que describen la mente como un sistema predictivo y autoorganizado (Hohwy, 2013; Seth, 2021).

Esta comprensión procesual del yo tiene una implicación fundamental: si la identidad consciente no es una estructura fija, sino un proceso en permanente reorganización, entonces es susceptible de transformación intencional.

En el plano político, esta capacidad transformadora es especialmente significativa para el ejercicio de una ciudadanía reflexiva y la participación en procesos de transformación colectiva.

Autoobservación y metaconciencia

La autoobservación constituye un componente fundamental en la formación de la conciencia singularizada, pues implica la capacidad del sujeto de reflexionar sobre sus propios estados mentales y procesos cognitivos. Diversos enfoques contemporáneos han abordado esta capacidad reflexiva desde la noción de metaconciencia. Schooler (2002) sostiene que la metaconciencia implica la posibilidad de que el individuo tome conciencia de los contenidos de su propia experiencia mental, diferenciando entre la experiencia inmediata y la observación consciente de dicha experiencia. Este planteamiento se vincula con los desarrollos fundacionales de Flavell (1979), quien introdujo el concepto de metacognición como la capacidad del sujeto de monitorear y regular sus propios procesos cognitivos, estableciendo las bases para la comprensión contemporánea de la autoobservación como mecanismo de organización mental.

También se relaciona con modelos de conciencia de orden superior, que proponen que un estado mental se vuelve plenamente consciente cuando el sujeto desarrolla una representación de ese mismo estado (Rosenthal, 2005).

En el ámbito neurocientífico, Damasio (2010) plantea que la conciencia del *self* emerge progresivamente a partir de procesos de monitoreo interno que permiten al organismo construir una representación integrada de sí mismo en relación con el entorno. De manera complementaria, Metzinger (2009) sostiene que el yo no es una entidad sustancial, sino un modelo fenomenológico generado por mecanismos de autorrepresentación del cerebro. Desde ambas perspectivas, la autoobservación no revela una esencia fija del sujeto, sino que participa activamente en la construcción continua de la identidad consciente.

La autoobservación puede constituirse también como una práctica deliberada: dirigir intencionalmente la atención hacia los propios estados internos permite reconocer los patrones que configuran la identidad consciente, lo cual es una condición necesaria para cualquier transformación genuina del sujeto.

Asimismo, la autoobservación favorece la estabilidad funcional del yo al permitir que el individuo mantenga cierto grado de coherencia subjetiva a lo largo del tiempo, sin que ello implique inmovilidad identitaria. Por el contrario, genera un equilibrio dinámico entre continuidad y transformación, en concordancia con perspectivas que describen la mente como un sistema predictivo y autorreferencial en permanente reorganización (Clark, 2016; Seth, 2021). La capacidad metacognitiva no solo describe lo que ocurre en la conciencia, sino que participa activamente en su transformación, convirtiéndose en un mecanismo de reconfiguración identitaria disponible para el sujeto que la desarrolla conscientemente.

En el ámbito de las ciencias políticas, la autoobservación adquiere una dimensión especialmente relevante: un ciudadano capaz de observar sus propios procesos interpretativos puede reconocer cómo el discurso político y las instituciones moldean su identidad consciente y sus disposiciones hacia la acción política.

Memoria y narrativa

La memoria desempeña un papel fundamental en la estructuración de la experiencia consciente, ya que permite organizar los eventos vividos en una narrativa coherente.

Sin embargo, esta narrativa no es una reproducción exacta del pasado, sino una reconstrucción activa que depende de procesos de interpretación y selección de contenidos experienciales, en consonancia con modelos de la memoria autobiográfica que la conciben como un sistema constructivo más que reproductivo (Conway, 2005).

Desde esta perspectiva, la memoria no actúa como un archivo estático, sino como un proceso continuo de reconstrucción que contribuye a la continuidad del yo. Este planteamiento se alinea con enfoques que describen la identidad como una construcción narrativa en permanente reelaboración (Bruner, 1990; Ricoeur, 1992). Cada recuerdo es reinterpretado en función del contexto presente, lo que implica que la identidad se configura a partir de versiones actualizadas del pasado, más que de registros inalterados, constituyendo así un proceso cognitivo de integración continua de la experiencia (Dennett, 1991).

Un elemento determinante en este proceso reconstructivo es el estado emocional del sujeto en el momento de la evocación. Las emociones actúan como filtros interpretativos que modulan qué se recuerda, cómo se recuerda y qué significado se le asigna a cada experiencia. De este modo, la memoria autobiográfica no solo registra lo vivido, sino que lo reinterpreta continuamente desde la configuración consciente presente, reforzando o transformando la narrativa identitaria del sujeto (Damasio, 2010). Además, la narrativa personal no se orienta únicamente hacia el pasado, sino que proyecta al sujeto hacia el futuro. La historia que cada individuo construye sobre sí mismo determina en gran medida lo que considera posible, alcanzable y coherente con su identidad. Por tanto, modificar la narrativa personal constituye una forma directa de intervenir en la conciencia singularizada, abriendo posibilidades de experiencia que la narrativa previa mantenía cerradas.

Ilusión de permanencia

La percepción de continuidad del yo surge de la coherencia narrativa construida a partir de la relación entre memoria, interpretación y experiencia presente. Desde la perspectiva de la neurociencia cognitiva, Dehaene (2014) señala que la conciencia emerge cuando la información se vuelve globalmente accesible, permitiendo la construcción de una experiencia unificada del mundo y del propio sujeto. Esta experiencia de un yo estable no corresponde a una estructura fija o inmutable, sino al

resultado de procesos coordinados de percepción y memoria que generan la ilusión de continuidad subjetiva.

Desde la perspectiva de la conciencia singularizada, esta sensación de permanencia no refleja una identidad estable, sino la coherencia narrativa que el sistema consciente construye continuamente para mantener su funcionamiento adaptativo. Este planteamiento encuentra un antecedente filosófico fundamental en Hume (1739/2012), quien sostuvo que el yo no constituye una sustancia permanente, sino un haz de percepciones en constante flujo, cuya aparente unidad es una construcción de la mente más que una propiedad intrínseca del sujeto. En este sentido, el yo que recuerda no es idéntico al yo que vivió la experiencia original, sino una versión reorganizada que interpreta el pasado desde su configuración presente.

Esta ilusión de permanencia no representa un error del sistema, sino un mecanismo adaptativo esencial: proporciona al sujeto una plataforma estable desde la cual operar en el mundo. Sin embargo, cuando se convierte en rigidez identitaria, puede limitar la capacidad del sujeto para reorganizar su conciencia ante nuevas experiencias. Reconocer el carácter construido y dinámico del yo no representa entonces una amenaza para la identidad, sino una condición de posibilidad para su transformación consciente e intencional.

La conciencia singularizada opera precisamente en esa tensión dinámica entre estabilidad y transformación, entre la narrativa que sostiene la continuidad del sujeto y la capacidad de reescribirla cuando la experiencia lo requiere. Ese equilibrio, más que una limitación del sistema, constituye una de sus propiedades más fundamentales.

Discusión

El presente estudio propone el concepto de **conciencia singularizada** como un marco interpretativo alternativo para comprender la conciencia como un proceso de constitución identitaria. A diferencia de enfoques tradicionales que intentan explicar la conciencia a partir de estructuras neuronales específicas o mecanismos funcionales aislados, este modelo enfatiza su carácter relacional, emergente y contextual.

Frente a la teoría del espacio global de trabajo (Baars, 1988; Dehaene, 2014) y la teoría de la información integrada (Tononi, 2004), el modelo de conciencia singularizada no compete, sino que amplía. Mientras estos enfoques se preguntan cómo

y cuánto se integra la información para generar conciencia, la presente propuesta se interroga sobre cómo esa conciencia se convierte en una identidad única e irrepetible. Son preguntas distintas y complementarias. La aportación específica reside en incorporar el entorno, la memoria, la interpretación y la autoobservación como factores activos de constitución identitaria, dimensiones que los modelos informacionales no abordan.

El enfoque neuroevolutivo de Edelman y Tononi (2000) explica la plasticidad neuronal como base de la adaptación funcional; el presente modelo añade que esa plasticidad es también el sustrato de la diferenciación progresiva de la identidad consciente.

Desde una perspectiva filosófico-política, los planteamientos de Foucault (1982) sobre la constitución del sujeto resultan relevantes para situar el modelo de conciencia singularizada en su dimensión política. Para Foucault, el sujeto no preexiste al poder, sino que es producido por él mediante prácticas discursivas e institucionales que definen lo que es posible pensar, decir y ser en un contexto histórico determinado. El modelo de conciencia singularizada no contradice este planteamiento, pero lo amplía: si bien el entorno institucional y discursivo estructura la experiencia consciente, la interacción entre memoria, interpretación y autoobservación abre un espacio de singularización que no queda completamente determinado por las condiciones externas. En este sentido, la conciencia singularizada puede entenderse como el proceso mediante el cual el sujeto procesa, resignifica y, eventualmente, transforma las condiciones de su propia constitución. Desde una perspectiva filosófica y fenomenológica, el modelo de conciencia singularizada dialoga también con tradiciones que sitúan la experiencia vivida como punto de partida irreductible para el estudio de la conciencia. La fenomenología de Husserl (2014) y la filosofía del cuerpo vivido de Merleau-Ponty (2012) aportan una dimensión que los modelos neurocientíficos tienden a subestimar: la experiencia subjetiva no puede ser completamente capturada por descripciones funcionales o informacionales, sino que requiere ser abordada desde la perspectiva del sujeto que la vive. En este sentido, la conciencia singularizada integra ambas dimensiones, la explicación neurocognitiva y la comprensión fenomenológica, en un marco interpretativo unificado que ninguno de los modelos revisados logra por separado.

Desde una perspectiva de las ciencias políticas, el modelo de conciencia singularizada ofrece un marco conceptual para repensar categorías fundamentales como la identidad colectiva, la formación de preferencias políticas, la socialización política y los procesos de cambio ideológico. En este sentido, la tipología propuesta por Castells (2009) — identidad legitimadora, identidad de resistencia e identidad proyecto— puede articularse con el presente modelo al reconocer que cada una de estas formas de identidad colectiva presupone trayectorias de singularización consciente distintas, en las que la memoria, la interpretación del entorno y la autoobservación producen disposiciones políticas radicalmente diferentes aun dentro de contextos estructurales compartidos. Complementariamente, la teoría de Laclau (2005) sobre la construcción de identidades políticas en torno a significantes vacíos ofrece un puente entre el nivel subjetivo de la conciencia singularizada y el nivel colectivo de la formación de identidades políticas: los significantes que articulan demandas colectivas —nación, justicia, cambio— adquieren su eficacia precisamente porque son llenados de contenido por conciencias singularizadas que los interpretan desde trayectorias subjetivas irreversibles y radicalmente distintas entre sí. No obstante, este modelo presenta limitaciones inherentes a su carácter teórico-interpretativo, dado que no se sustenta en validación empírica directa. Por ello, se plantea como una propuesta conceptual abierta, susceptible de ampliación, reformulación y contrastación en futuras investigaciones interdisciplinarias, sin pretender competir con los modelos neurocientíficos existentes, sino complementarlos mediante una perspectiva integradora que sitúa la singularidad de la experiencia subjetiva en el centro del análisis. En cuanto a las líneas de investigación futuras, el presente modelo abre al menos cuatro direcciones relevantes: el estudio empírico de los mecanismos mediante los cuales la autoobservación deliberada modifica la configuración consciente del sujeto; la exploración de los estados alterados de conciencia como formas de acceso temporal a niveles menos singularizados de experiencia; el análisis comparativo de prácticas culturales, espirituales y terapéuticas orientadas a la transformación de la identidad consciente desde el marco de la conciencia singularizada; y el desarrollo de estudios empíricos en ciencias políticas orientados a examinar cómo la singularización de la

conciencia incide en la formación de identidades políticas, la participación ciudadana y los procesos de transformación ideológica.

Conclusión

El presente artículo ha desarrollado el concepto de **conciencia singularizada** como un marco teórico orientado a comprender la identidad consciente no como una estructura invariable, sino como un proceso dinámico de constitución continua. A partir de la integración de perspectivas neurocientíficas, cognitivas y fenomenológicas, se ha argumentado que la conciencia emerge de una base biológica y experiencial común, y que es precisamente la interacción recursiva entre entorno, memoria, interpretación y autoobservación lo que da lugar a formas únicas e irrepetibles de experiencia subjetiva. La aportación central de este modelo reside en concebir la singularización no como una simple diferenciación biológica, sino como un proceso activo, progresivo y potencialmente intencional de constitución identitaria. En este sentido, el yo no es una ilusión ni una entidad inmutable, sino un proceso real cuya plasticidad constituye tanto su naturaleza fundamental como su mayor potencial transformador.

Asimismo, el modelo propuesto reconoce que la conciencia singularizada no aísla al individuo, sino que mantiene una conexión estructural con la base común de la que emerge. Esta conexión se manifiesta en fenómenos que trascienden la experiencia ordinaria y que constituyen líneas de investigación abiertas de considerable relevancia teórica y práctica.

Desde una perspectiva más amplia de las ciencias sociales, concebir la conciencia como un proceso de singularización permite repensar la constitución del sujeto político como resultado de trayectorias de experiencia, memoria y narrativa situadas en contextos históricos y culturales específicos. La articulación entre entorno, interpretación y autoobservación abre un campo fértil para analizar cómo se configuran y transforman identidades políticas, formas de pertenencia colectiva y procesos de subjetivación en distintos regímenes discursivos e institucionales, lo que sugiere futuras investigaciones que vinculen este modelo con teorías de la socialización política, la construcción de ciudadanía y la acción colectiva.

En síntesis, la conciencia singularizada se presenta como un proceso dinámico de constitución identitaria que integra dimensiones neurocognitivas, fenomenológicas y

sociales. El reto que queda abierto es discernir cómo esta singularidad puede traducirse en prácticas colectivas capaces de transformar nuestras formas de convivencia.

Conflicto de intereses

La autora declara que no existen conflictos de intereses de ningún tipo, ni vínculos económicos, laborales, personales o institucionales que puedan haber influido en el desarrollo, los resultados o la interpretación de la investigación presentada en este artículo. Todo el trabajo ha sido realizado con total independencia académica.

Disponibilidad de datos

Todos los datos, argumentos y desarrollos teóricos en los que se sustenta esta investigación se encuentran incluidos íntegramente en el propio manuscrito. Al tratarse de un estudio de carácter teórico-conceptual, no se generaron datos empíricos, encuestas, bases de datos ni materiales externos adicionales a los aquí presentados y citados en la bibliografía.

Referencias

- Althusser, L. (2016). *Lenin and philosophy and other essays* (B. Brewster, Trans.). Aakar Books. <https://archive.org/details/leninphilosophy0000alth>
- Baars, B. J. (1988). *A cognitive theory of consciousness*. Cambridge University Press.
- Bourdieu, P. (1990). *The logic of practice*. Stanford University Press. <https://doi.org/10.1515/9781503621749>
- Bruner, J. (1990). *Acts of meaning*. Harvard University Press.
- Castells, M. (2009). *The power of identity: The information age: Economy, society and culture* (Vol. 2, 2nd ed.). Wiley-Blackwell. <https://doi.org/10.1002/9781444318234>
- Chalmers, D. J. (1996). *The conscious mind: In search of a fundamental theory*. Oxford University Press.
- Clark, A. (2016). *Surfing uncertainty: Prediction, action, and the embodied mind*. Oxford University Press. <https://archive.org/details/surfinguncertain0000clar>
- Conway, M. A. (2005). Memory and the self. *Journal of Memory and Language*, 53(4), 594–628. <https://doi.org/10.1016/j.jml.2005.08.005>
- Damasio, A. (2010). *Self comes to mind: Constructing the conscious brain*. Pantheon Books. <https://archive.org/details/selfcomestomindc0000dama>

- Dehaene, S. (2014). *Consciousness and the brain: Deciphering how the brain codes our thoughts*. Viking.
- Dennett, D. C. (1991). *Consciousness explained*. Little, Brown and Company.
- Edelman, G. M. (1989). *The remembered present: A biological theory of consciousness*. Basic Books.
- Edelman, G. M., & Tononi, G. (2000). *A universe of consciousness. How matter becomes imagination*. Basic Books.
- Flavell, J. H. (1979). Metacognition and cognitive monitoring. *American Psychologist*, 34(10), 906–911. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.34.10.906>
- Foucault, M. (1982). The subject and power. *Critical Inquiry*, 8(4), 777–795. <https://doi.org/10.1086/448181>
- Friston, K. (2010). The free-energy principle. *Nature Reviews Neuroscience*, 11(2), 127–138. <https://doi.org/10.1038/nrn2787>
- Hohwy, J. (2013). *The predictive mind*. Oxford University Press.
- Hume, D. (2012). *A treatise of human nature*. Project Gutenberg. <https://www.gutenberg.org/ebooks/4705> (Original work published 1739)
- Husserl, E. (2014). *Ideas pertaining to a pure phenomenology and to a phenomenological philosophy* (F. Kersten, Trans.). Springer. <https://doi.org/10.1007/978-94-017-9085-3> (Original work published 1913)
- James, W. (2018). *The principles of psychology* (Vol. 1). Project Gutenberg. <https://www.gutenberg.org/ebooks/57628> (Original work published 1890)
- Laclau, E. (2005). *On populist reason*. Verso.
- Lamme, V. A. F. (2006). Towards a true neural stance on consciousness. *Trends in Cognitive Sciences*, 10(11), 494–501. <https://doi.org/10.1016/j.tics.2006.09.001>
- Merleau-Ponty, M. (2012). *Phenomenology of perception* (D. A. Landes, Trans.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203720714> (Original work published 1945)
- Metzinger, T. (2009). *The ego tunnel*. Basic Books.
- Nagel, T. (1974). What is it like to be a bat? *The Philosophical Review*, 83(4), 435–450. <https://doi.org/10.2307/2183914>
- Piaget, J. (1954). *The construction of reality in the child*. Routledge & Kegan Paul.

Rey, G. (1997). *Contemporary philosophy of mind: A contentious essay*. Blackwell.

Ricoeur, P. (1992). *Oneself as another*. University of Chicago Press.

Rosenthal, D. M. (2005). *Consciousness and mind*. Oxford University Press.

<https://doi.org/10.1093/oso/9780198236979.001.0001>

Schooler, J. W. (2002). Re-representing consciousness. *Trends in Cognitive Sciences*, 6(8), 339–344. [https://doi.org/10.1016/S1364-6613\(02\)01949-6](https://doi.org/10.1016/S1364-6613(02)01949-6)

Searle, J. R. (1992). *The rediscovery of the mind*. MIT Press.

https://archive.org/details/rediscoveryofmin0000sear_e1u9

Seth, A. K. (2021). *Being you: A new science of consciousness*. Faber & Faber.

Tononi, G. (2004). Integrated information theory. *BMC Neuroscience*, 5(42), 1–22.

<https://doi.org/10.1186/1471-2202-5-42>

Varela, F. J., Thompson, E., & Rosch, E. (1991). *The embodied mind: Cognitive science and human experience*. MIT Press.

Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes* (M. Cole, Ed.). Harvard University Press.

Este preprint fue presentado bajo las siguientes condiciones:

- Los autores declaran que se obtuvieron los términos necesarios del consentimiento libre e informado de los participantes o pacientes en la investigación y se describen en el manuscrito, cuando corresponde.
- Los autores declaran que la preparación del manuscrito siguió las normas éticas de comunicación científica.
- Los autores declaran que son conscientes de que son los únicos responsables del contenido del preprint y que el depósito en SciELO Preprints no significa ningún compromiso por parte de SciELO, excepto su preservación y difusión.
- Los autores declaran que los datos, las aplicaciones y otros contenidos subyacentes al manuscrito están referenciados.
- El manuscrito depositado está en formato PDF.
- Los autores declaran que la investigación que dio origen al manuscrito siguió buenas prácticas éticas y que las aprobaciones necesarias de los comités de ética de investigación, cuando corresponda, se describen en el manuscrito.
- Los autores declaran que una vez que un manuscrito es postado en el servidor SciELO Preprints, sólo puede ser retirado mediante solicitud a la Secretaría Editorial deSciELO Preprints, que publicará un aviso de retracción en su lugar.
- Los autores aceptan que el manuscrito aprobado esté disponible bajo licencia [Creative Commons CC-BY](#).
- El autor que presenta el manuscrito declara que las contribuciones de todos los autores y la declaración de conflicto de intereses se incluyen explícitamente y en secciones específicas del manuscrito.
- Los autores declaran que el manuscrito no fue depositado y/o previamente puesto a disposición en otro servidor de preprints o publicado en una revista.
- Si el manuscrito está siendo evaluado o siendo preparando para su publicación pero aún no ha sido publicado por una revista, los autores declaran que han recibido autorización de la revista para hacer este depósito.
- El autor que envía el manuscrito declara que todos los autores del mismo están de acuerdo con el envío a SciELO Preprints.